

## UN TALLER DE LAPIDARIO EN EL PUCARA DE TILCARA (\*)

por PEDRO KRAPOVICKAS

En el Pucara de Tilcara, Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, en los meses de noviembre y diciembre de 1955, mientras participábamos en las obras de restauración de sus ruinas, tuvimos la suerte de poder excavar un pequeño grupo de habitaciones que resultaron ser el taller de un lapidario. En él fueron recogidos, en elevado número, materiales de piedra pulida que constituyen los productos de una industria muy desarrollada.

Dichos materiales no son de ninguna manera una novedad, por lo menos para aquellos que están familiarizados con las colecciones que guardan nuestros museos. Entre las series de materiales conservados en el Etnográfico de Buenos Aires existen algunas piezas en un todo semejantes a las nuestras. Todas ellas proceden del mismo lugar, de las ruinas del Pucara de Tilcara, y llegaron a esa casa por diversos caminos. Parte de estas últimas se recogió durante las excavaciones dirigidas por Ambrosetti, iniciador de la larga tradición de trabajos que desde el año 1908 ha realizado y sigue realizando el personal del mencionado Museo en toda la Quebrada de Humahuaca. Un número elevado de objetos se recuperó cuando Debenedetti estaba a cargo de esas labores, y otra pequeña colección llegó a ese Museo obsequiada por un donante particular. Otro investigador, Karl Schuel, obtuvo piezas semejantes, en excavaciones efectuadas en las mismas ruinas. Una breve mención de estos talleres y de los objetos que en ellos se encuentran aparece en su trabajo sobre las "Ruinas de las poblaciones de los indígenas de la provincia de Jujuy" (Quinta reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte, Segundo Volumen, pág. 1440, Buenos Aires, 1930). Desgraciadamente las colecciones y notas de Schuel, que formaban parte del Museo Regional de Jujuy, por él fundado, se dispersaron después de su muerte.

A pesar de figurar en los catálogos del Museo Etnográfico desde hace mucho tiempo, con la excepción de la publicación de Schuel, estos

---

(\*) Trabajo comunicado a la Sociedad Argentina de Antropología el 9 de mayo de 1957.

objetos no han sido hasta ahora mencionados en ningún otro trabajo relacionado con la arqueología de la Quebrada de Humahuaca. Además, las piezas recogidas hasta la fecha están en su mayor parte definitivamente terminadas. El aporte de este artículo consiste en dar a conocer las que personalmente obtuvimos, todo el proceso de su fabricación, que hemos logrado determinar durante nuestras excavaciones, y el instrumental utilizado. También nos proponemos señalar la importancia que tuvo esta industria en un determinado momento de la historia de las ruinas de Tilcara.

Se trata de pequeños objetos labrados con gran detalle y elevada técnica en materiales muy atractivos, alabastro, mármol y ámbar, que demuestran el alto grado de perfeccionamiento al cual llegaron los artífices tilcareños.

Hay en la colección dos pequeñas llamitas de reducido tamaño, ambas de alabastro blanco traslúcido. De la comparación surge que la mayor de ellas no ha sido terminada aún. Mide tres centímetros de largo y dos de alto y tiene su forma general apenas esbozada. Su cuerpo es cuadrangular muy simple y en un extremo posee una cabeza tallada de manera característica. Con una sucesión de escalones en ángulo recto, se han indicado las orejas, la frente y el hocico (fig. 1).

La otra llamita (fig. 2) es la pieza más hermosa que obtuvimos y no dudamos en considerarla una obra maestra. Es más pequeña que la anterior, pues tiene un centímetro y nueve milímetros de largo por un centímetro y medio de alto. Su cuerpo es cuadrangular, pero todas sus aristas han sido redondeadas, como así también se halla bien marcada la curvatura del vientre y lo mismo ocurre con la línea del tórax. Las patas se destacan claramente del vientre, han sido talladas de a dos, sin separación, y sus extremos poseen pequeños relieves que simulan las pezuñas y agregan más gracia a la que ya posee este ejemplar. Su cabeza está indicada de igual forma que en el ejemplar anterior, con los ángulos bruscos de la frente y el hocico. Las orejas, algo curvas hacia adelante, han sido separadas por un estrecho canal. Una de ellas está rota y es ésta la razón por la cual fué abandonada la pieza en el taller por quien la fabricó. La cola sobresale en la parte posterior del cuerpo, es curva también y parece un amplio penacho de cerdas. En el cuerpo posee un estrecho orificio bicónico, que serviría una vez terminada, para colgarla de un hilo como pendiente o amuleto.

Es evidente que el interés de estos talleres se centraba en la fabricación de cuentas de collar y pendientes, que fueron realizados con los

más variados materiales. Aparecen las típicas cuentas de collar cilíndricas de corta altura, que parecen discos. Son en su mayoría de ámbar rojizo, aunque las hay también de alabastro blanco, y fueron halladas en los distintos pasos de su fabricación. Algunas tienen sus contornos ya completamente curvos (fig. 3 A). Otras no han adquirido aún su forma definitiva. En una ha comenzado a practicarse en una de sus caras planas un orificio, indicada esta operación por una diminuta concavidad. Otra de alabastro blanco (fig. 3 B), posee un orificio cilíndrico ya finalizado, pero sus caras no son curvas, sino que presentan una serie de planos que denuncian su aspecto futuro. Sus diámetros varían de los 9 a los 12 milímetros. Sus espesores de los 5 a los 7 milímetros.

Hay una cuenta de alabastro blanco de 9 milímetros de largo y ancho, de forma cuadrangular, que se partió longitudinalmente mientras se le practicaba un orificio cuadrangular, pero de caras curvas, de 2 milímetros de ancho.

Los pendientes poseen formas sumamente variadas, pero los más comunes son cónicos (fig. 4 B y C). Llegan a ser bastante largos, pues tienen hasta 4 centímetros de longitud. Los más pequeños poseen 1,5 centímetros y en ninguno de los casos las bases tienen más de 9 milímetros de diámetro. Esto hace que los objetos más largos tengan un aspecto muy elegante y delicado.

Dada su longitud y la imposibilidad técnica de hacer un agujero que atravesara estas piezas siguiendo su eje mayor, una vez terminadas se les hacían dos orificios cónicos, unidos en ángulo, en la base uno y otro en el costado, en las proximidades de aquélla. Había otros sistemas para perforarlas, pero fueron utilizados en contadas ocasiones, ya que en esos casos se alteraba la forma de los objetos (fig. 4 A).

Bingham halló piezas semejantes en *Macchu-Picchu*, Perú, y las denominó "plumb-bobs" o plomadas. No conocemos las características precisas de los ejemplares peruanos, pues sólo los conocemos a través de una ilustración. Los nuestros, en un todo semejantes a los que presentó el autor citado, son adornos sin ninguna duda, por su tamaño y construcción. No nos explicaríamos de otra manera la presencia de tan abundantes y delicadas plomadas en el Pucara de Tilcara. Los hallazgos de Bingham seguramente son también de adornos.

Los pendientes cónicos aparecieron en su mayor parte sin terminar. Falta pulirlos en algunos casos; en otros carecen del orificio de sus-

pensión. Los finalizados están rotos o tienen algún defecto, causa por la cual fueron desechados. Los dibujos en blanco y negro no dan una noción exacta de la belleza de todos estos objetos, pero su pulimento, cuando terminados, es extraordinario y se combina la perfección del trabajo con el colorido de los materiales. Las piedras utilizadas en la confección, no sólo de las cuentas, sino en la del resto de los adornos, son blancas, rojas, verdes y amarillas en diversos tonos, y se ha aprovechado el hermoso vetado de las materias primas.

Hay una serie de piezas de forma trapezoidal de regular tamaño que tienen de tres a cuatro centímetros de largo (fig. 5). Las halladas por nosotros carecen aún de orificio, pero suponemos que las piezas ya terminadas los tendrían, pues adornos semejantes con dos agujeros junto a uno de los bordes más estrechos fueron hallados por Valcárcel en la fortaleza de *Sacsaihuaman*, Cuzco, Perú.

Otros objetos de forma caprichosa y singular debieron ser también colgantes. Uno, de ámbar rojo, es semicircular, con una prominencia o mango, con lo cual adquiere la forma de un tumi (fig. 6). Seguramente no está terminado pues de tratarse de un pendiente debía poseer un agujero en la parte saliente. Otro, de alabastro verde, es cilíndrico, con un estrechamiento en un extremo, hecho para hacer allí el orificio de suspensión. Hay trozos de mármol y alabastro cilíndricos y prismáticos que también pueden interpretarse como colgantes en pleno proceso de elaboración.

La lista de objetos confeccionados en estos talleres es bastante amplia ya que no se fabricaron exclusivamente colgantes y cuentas, sino también otra serie de artículos producto del ingenio de estos artífices. Figuran entre éstos unas pequeñas conchas hechas con mármol rosado (fig. 7). Sólo tienen de uno a tres centímetros de largo y están parcialmente concluidas en la mayoría de los casos, aunque hay algún ejemplar ya terminado, el que ilustramos, que posee como sus modelos naturales una concavidad en la cara inferior. Se confeccionaron en arenisca amarilla torteros cónicos. Con alabastro verde se hicieron tejos tronco-cónicos que parecen torteros sin terminar pero es difícil afirmar que ésta haya sido su finalidad ya que no apareció ninguno perforado.

Recogieronse trozos de pequeñas cucharas de las que desgraciadamente no se ha conservado ningún ejemplar completo (fig. 8 A). Pero, según los fragmentos, suponemos que su largo total no debió sobrepasar nunca los 5 ó 6 centímetros. La concavidad de estas cucharas es circular, su mango posee sección cuadrangular con una cara, la inferior,

curva, y están perfectamente labradas y pulidas. En alabastro blanco se ha tallado una diminuta cucharilla (fig. 8 B) de la cual ha quedado solamente el extremo con la concavidad. Su ancho es de cinco milímetros.

Por algunos pedazos que han pertenecido a piezas mayores sabemos que se han fabricado también vasos o morteros de piedra. Hay un fragmento que posee una superficie externa convexa y una interna cóncava, ambas muy lisas, que formó parte del fondo de un vaso o mortero de piedra. Otro, que aparentemente parece un fragmento de anillo, es un trozo de la pared de un recipiente de extraordinaria delgadez, de forma cilíndrica, pulido con gran perfección.

El instrumental empleado en la confección de los artefactos que acabamos de enumerar no es muy complicado. Algo semejante ocurre con el sistema utilizado en la fabricación que no difiere mayormente de los métodos que encontramos descritos en los textos corrientes de Prehistoria.

La materia prima, mármol, alabastro, etc., aparece almacenada en los depósitos, en forma de bloques de regular tamaño, que no sobrepasan los cuarenta centímetros por lado. No hemos hallado bloques mayores, pues de haber sido así, su excesivo peso habría dificultado el transporte, seguramente a lomo de llama, desde las canteras hasta los talleres del Pucara de Tilcara.

A estos bloques se les daba un tamaño apropiado para su posterior elaboración cortándolos con sierras. Estas sierras (fig. 9), son delgadas láminas de pizarra, de alrededor de cinco milímetros de espesor, de forma aproximadamente rectangular que por su extrema delgadez, la mayoría de las veces aparecen fracturadas. No son muy grandes, de diez centímetros de largo por cinco de alto, y por su tamaño y forma son muy apropiadas para asirlas con la mano. En todas ellas uno de los bordes es recto, pulido y biselado, ya que es el filo con el que se seccionaba el material. Se practicaban profundas incisiones frotando el filo de las sierras contra las calizas. Cuando esas incisiones eran lo suficientemente hondas, con un fuerte golpe se separaba el trozo de mármol deseado del bloque original.

Con pizarra se confeccionaron también pulidores. Estos empleáronse para proporcionar la suave superficie que poseen la mayoría de los adornos. No tienen formas determinadas: son simples trozos de pizarra más gruesos y generalmente más pequeños que las sierras y se diferencian de éstas por tener una o varias de sus caras alisadas en lugar del borde filoso. Muchos de ellos son muy pequeños y muestran un in-

tenso uso. En ambas operaciones, para cortar con las sierras y para pulir con los pulidores, se debió emplear agua.

Entre las herramientas colocamos un elevado número de fragmentos de calcedonia aparecidos en los recintos excavados junto a los restantes materiales. De todo este instrumental lítico hay un solo objeto que presenta una forma fácil de distinguir. Es un perforador de corte cuadrangular y que tiene 22 milímetros de largo y 6 de ancho máximo. La forma le ha sido dada mediante una serie de retoques y posee dos puntas, una de las cuales es más larga.

Hay además núcleos, lascas y esquirlas. Los núcleos son pequeños, sus largos oscilan entre los 2 y los 3 centímetros, son irregulares y de ellos se han desprendido lascas toscas y también irregulares. Estas son pequeñas en su gran mayoría, pues hay muchas que no tienen más de 5 milímetros de largo, las mayores no sobrepasan los 4 centímetros y ninguna de ellas ostenta una forma precisa.

Parecen a simple vista desechos de la fabricación de otros instrumentos como puntas de flechas. Pero al no aparecer ningún objeto de calcedonia, salvo el perforador mencionado, total o parcialmente terminados y dada la gran abundancia de lascas y esquirlas suponemos que no son desechos sino instrumentos. La forma irregular de los núcleos nos sugiere que no se arrancaron de ellos hojas o láminas regulares con la finalidad de hacer instrumentos determinados, sino que sirvieron para producir esas toscas lasquitas, las que fueron utilizadas, tal cual las recogimos, como instrumentos cortantes en la confección de los adornos. Todas estas pequeñas lascas poseen bordes muy afilados y en algunas parece que estos filos han sido producidos ex profeso arrancando pequeñas hojas mediante golpes de buril.

No podemos afirmar rotundamente que estas esquirlas y lascas sean verdaderos instrumentos y no desechos de la fabricación de otros. Pero sí es permitido suponer que fueron utilizadas en su forma tosca, como microlitos o microburiles, y que constituyen una industria pseudomicrolítica. Con ellos se cortarían y tallarían los mármoles y alabastros en aquellas ocasiones en las que, por la delicadeza del trabajo, las sierras y pulidores de pizarra eran inapropiados. Se las usó cuando las piezas casi terminadas requerían una mayor precisión en el trabajo.

Otro tipo de instrumento muy utilizado por las gentes que nos dejaron estas muestras de su arte, fueron los martillos, que se fabricaron con una caliza con hematita, bastante dura, que tiene hermosas vetas violetas y gris-violáceas que le otorgan un atrayente colorido. General-

mente se utilizaron simples trozos reconocidos como martillos por las señales de golpes que presentan sus superficies, pero a otros fragmentos se les dió una forma más o menos cilíndrica, aunque manteniendo su aspecto rústico. Estos instrumentos se emplearon en las labores más rudas cuando, por ejemplo, era necesario partir con un golpe un bloque de mármol parcialmente cortado con sierras.

Pero se hicieron también otros martillos de aspecto más acabado, de los cuales sólo recogimos uno. Es pequeño, cilíndrico y de alrededor de 4 centímetros de alto y de diámetro (fig. 10). En su base inferior, que es convexa y tosca, están las señales de los golpes que con él se dieron, marcas que no dejan la menor duda sobre el uso que tuvo este instrumento. En la base superior, plana y también pulida como la superficie externa, hay una concavidad de 1,5 centímetros de diámetro y profundidad. Como la materia prima con la cual se fabricaron los martillos tiene vetas en diversos tonos violetas y grises, éstas fueron aprovechadas para ornar el instrumento que presentamos: la parte superior es violeta y la inferior vetada y gris. Es éste el único ejemplar completo, pero han aparecido fragmentos de martillos pulidos con características semejantes.

Lo elaborado de este instrumento nos hace suponer que fué muy apreciado por su propietario. Quizá fué el martillo con el cual el maestro artesano, con golpes certeros, separaba los trozos supérfluos de material en la pieza casi terminada. El orificio sirvió para sujetarlo mejor, colocando un dedo en él, lo que otorgaría mayor seguridad y exactitud a la operación.

También se utilizaron como percutores otros materiales. Hay numerosos martillos de piedra oscura vetada, muy dura, de forma esférica bastante irregular y que se usaron para separar las lascas de calcedonia de sus núcleos. Trozos de mármol y fragmentos de obras no terminadas o desechadas y que presentan en sus superficies las improntas de los golpes a los cuales fueron sometidos, se emplearon también, ocasionalmente, como martillos.

Hay algunos instrumentos que poseen características peculiares, a los que denominamos pulidores cilíndricos (fig. 11). Son trozos de pizarra alargados que en sus dos extremos, rara vez en uno, están parcialmente pulidos y conservan una serie de estrías concéntricas, resultado de la tarea a la cual fueron destinados. Se los utilizó, haciéndolos rotar rápidamente, para pulir concavidades. Con estas herramientas se pulieron las concavidades de las cucharas y las partes internas de los recipientes de piedra, vasos, morteros, etc.

En muchos casos, cuando han sido muy usados, y especialmente aquellos de reducidas dimensiones, presentan sus superficies completamente alisadas, de tal forma que podría confundírseles con las cuentas cilíndricas o cónicas. Pero de ninguna manera fueron adornos, pues están contruídos con un material muy tosco en contraste con los ornamentos de mármol; además, nunca pierden las estrías. En los pulidores de mayor tamaño, que llegan a tener más de 5 centímetros de ancho (los más pequeños tienen menos de 1 centímetro), es donde se ve claramente el uso que se hizo de estos objetos.

Entre los restos excavados figuran muchos de estos pulidores. Su abundancia se explica por la necesidad de tener pulidores de diversos diámetros para utilizar aquéllos más anchos a medida que la concavidad del recipiente adquiriría mayor amplitud. Son siempre los más pequeños los que están más gastados; los mayores han sido sometidos a un trabajo menor.

Mezclados con todos estos restos aparecieron muchos huesos de animales partidos y cortados. De todos ellos, dos o tres parecen haber pertenecido a algún instrumento. Hay dos trozos de espátulas o topos fracturados durante su fabricación, y también la empuñadura de uno de esos punzones de hueso tan comunes en la quebrada de Humahuaca. El resto del material óseo está formado por huesos rotos, cabezas de huesos largos cortados para utilizar sus partes medias y trozos de huesos largos trabajados de manera muy tosca usados como percutores o intermediarios en el trabajo de la piedra.

Al hablar de los instrumentos indicamos algunos pasos del proceso de fabricación de los objetos. Vimos cómo los bloques de piedra eran cortados con sierras: se practicaba una ranura en una de las caras del bloque, o dos simétricas en dos caras opuestas, y cuando esas ranuras adquirirían bastante profundidad (fig. 12) ,se partía el bloque con un golpe de martillo. Repetidas operaciones permitían obtener trozos de tamaño apropiado de acuerdo al objeto que se deseara confeccionar. Luego se les daba la forma final al pulirlos con los pulidores de pizarra y completando el trabajo con las lascas y perforadores de calcedonia. Algunos trozos de mármol presentan sus superficies cubiertas por las señales de numerosos golpes, pues debió emplearse en ocasiones, en piezas de mayor tamaño, el clásico método neolítico del martilleo, previo al pulido de la pieza.

De dos maneras se llegaba a la forma final. Algunas veces se tallaba la pieza en un trozo de material del tamaño del objeto que quería obte-



nerse. Pero la más común consistía en trabajar un fragmento mayor en uno de cuyos extremos se formaba el adorno. Cuando las piezas estaban terminadas o casi terminadas se las desprendía con un golpe de martillo o simplemente con la presión de la mano. Luego se las completaba. Muchas de las piezas que están aún sin concluir tienen todavía la parte por la cual estuvieron adheridas al núcleo de piedra en el cual se confeccionaron. Se conservan otras que al ser desprendidas por un golpe mal calculado, se fracturaron de manera defectuosa y quedaron arruinadas.

También había dos sistemas para fabricar los pendientes cónicos. Algunos se hicieron según el método que describimos en el párrafo anterior, tallándolos en el extremo de un trozo mayor y separándolos después. En otras ocasiones se confeccionaban varias ranuras oblicuas, según el número de pendientes que pudieran obtenerse dado el tamaño del bloque. Se insinuaba la forma de los objetos, luego se partía el trozo de mármol por las ranuras y se les daba, una vez libres las cuentas, su aspecto definitivo.

La operación de separar las piezas así manufacturadas de los bloques a los que estaban unidas, se efectuaba rompiendo la unión con la mano, si aquélla era lo suficientemente delgada. En caso contrario, se usaron los martillos prolijamente ejecutados que hemos descrito más arriba y con los cuales era posible dar golpes más certeros.

El hallazgo de los restos de esta industria se realizó en el Pucara de Tilcara en una serie de habitaciones que excavamos en la fecha y oportunidad indicadas al comienzo de nuestro artículo. Despertaron nuestro interés algunas piezas que [habían sido halladas durante las obras de restauración de las ruinas, ese mismo año de 1955, antes de nuestra llegada. Fueron encontradas por el Dr. Casanova, quien dirigía en esos momentos los trabajos, en una pequeña habitación que luego se restauró. Cuando quedamos a cargo de la reconstrucción, siguieron apareciendo materiales de este tipo en otros sitios, especialmente en tres habitaciones comunicadas entre sí y que forman una unidad mayor (figs. 13 y 14). Como se había planeado la restauración de esos recintos decidimos efectuar previamente su excavación exhaustiva, ya que pensamos que proporcionarían un resultado interesante, lo que en efecto ocurrió.

La unidad que excavamos se encuentra situada en las proximidades del punto más alto de las ruinas, cerca del monumento moderno que se eleva en la cima del cerro. Forman esta unidad tres habitaciones

contiguas (fig. 13 A, B y C, y fig. 14), de medidas regulares, de las cuales la central (B) tiene forma trapezoidal. Las paredes norte y sud de esta última miden alrededor de los cuatro metros y las paredes oriental y occidental tienen dos y tres metros, respectivamente. Las habitaciones laterales (A y C) tienen aproximadamente cuatro metros de largo por dos de ancho.

En el extremo Este de la habitación central (B) hay dos pequeños depósitos (fig. 13 E y D, y fig. 15) hechos con lajas paradas y piedras echadas sobre el piso. Esa habitación central comunica por el Oeste con un canchón o recinto más amplio (H), cuyas características no hemos podido determinar por hallarse parcialmente cubierto de materiales empleados en la reconstrucción, y, además, ha sido cercenado en gran parte por el camino de vehículos que lleva al monumento. Esa misma habitación, la B, comunica con la septentrional (C) por una puerta, de unos setenta centímetros de ancho, abierta en su ángulo Noroeste.

La comunicación entre la habitación central y la meridional (A), se efectúa por una estrecha ventana (fig. 13 F, y fig. 16) abierta, por encima del nivel del piso, en el centro de la pared común a ambas. Esta abertura (F) está a unos cincuenta centímetros sobre el piso de las viviendas, su ancho es de cuarenta y dos centímetros en un frente y cuarenta y ocho en el otro. Su altura total no la conocemos por haberse desmoronado en su mayor parte la pared, aunque la jamba oriental, que es la mejor conservada, alcanza a los sesenta y dos centímetros de altura.

Estas ventanas o aberturas constituyen una característica de estos talleres, pues la habitación que hizo restaurar el Dr. Casanova, y en la cual aparecieron también materiales de este tipo nose, otra ventana semejante.

Las paredes de esta vivienda han sido construídas con piedra y barro, contrariamente a lo que se supone que ocurrió en este tipo de ruinas de nuestro Noroeste. Siempre se habló de pirca seca, es decir, de paredes hechas con piedra puesta sobre piedra sin ninguna clase de argamasa que las uniera, y con este sistema se restauraron las habitaciones del Pucara de Tilcara. Pero nuestra experiencia arqueológica nos ha demostrado que en la Quebrada de Humahuaca son más comunes las paredes con mortero de barro que las que carecen de él. En la fotografía de la figura 16 puede observarse claramente el barro empleado en los muros del edificio que describimos.

Cada una de estas habitaciones ha tenido una función determinada. El recinto meridional (A) ha sido el depósito de los materiales, mármol y piedra caliza, con los que se fabricaron los objetos. Estos materiales se depositaban y sacaban, según las necesidades, por la ventana y se acumulaban dentro del depósito, contra su pared norte. En las excavaciones aparecieron amontonados en grandes cantidades a lo largo de esa pared, que es la que posee la ventana, trozos de mármoles de todo tamaño y forma. Mezclados con ellos fueron halladas piedras más o menos terminadas y, en cantidades notablemente menores, otros objetos, como martillos, sierras y trozos de calcedonia.

La habitación central (B) ha sido el taller propiamente dicho. En los dos pequeños depósitos que se apoyan contra su pared oriental (fig. 13 E y D) se hallaron grandes trozos de caliza con hematita y muchos martillos de diversas formas confeccionados con ese material. Aquí apareció el martillo pulido que describimos más arriba y, en número más reducido, se obtuvieron materiales de otros tipos. También en esta habitación central, junto a uno de los depósitos, se encontró almacenado un amontonamiento de cenizas volcánicas, que sirvieron, como complemento, para pulir los artefactos.

La función de la habitación septentrional (C) no se puede determinar de manera tan clara. Fueron encontrados pocos bloques y trozos de mármol, alabastro y ámbar. Por el contrario, aparecieron otras clases de materiales. Frente a la entrada que la comunica con el recinto central se encontraron muchos artefactos definitivamente terminados, como si hubieran sido arrojados desde esa habitación central. Frente a la puerta estaba la llamita de la figura 1, y un poco más hacia el interior la otra (fig. 2). Hacia el extremo Este de la habitación C, es decir, hacia su fondo, eran menores en número las piezas acabadas y aumentaban las herramientas. Se halló aquí una extraordinaria cantidad de esquirlas de calcedonia, martillos con los cuales se fabricaron esas esquirlas, sierras, pulidores de pizarra y pulidores cilíndricos. Hay también en esta habitación, aunque no faltan en las otras, muchos fogones.

En un primer momento creímos que sería la vivienda o dormitorio del artesano que fabricó los adornos en la habitación central y guardó las materias primas necesarias para su industria en el otro recinto. Pero al analizar los objetos que en ella fueron encontrados nos convencimos que también allí se realizaron trabajos relacionados con la actividad primordial de sus ocupantes. De todas maneras, fué la habitación principal de la unidad. En su ángulo Noroeste (G), fué enterrado un pár-

vulo, sepultado en cuclillas directamente en el suelo en un foso de planta circular. Lo acompañaban dos pequeños pucos, que ostentan decoración cuadripartita de rectángulos reticulados en negro sobre fondo rojo (fig. 17 A).

En la habitación meridional (A), que, como ya hemos dicho, se utilizó como depósito, aparecieron en las partes más profundas del piso una serie de fogones bien delimitados, cubiertos por los materiales de mármol. Suponemos por esto que antes de ser utilizada como depósito, esta habitación tuvo alguna otra función.

Junto a los restos de esta industria de la piedra, los ocupantes del Pucará nos dejaron otras muestras de su trabajo. En la habitación septentrional fueron halladas, junto con trozos de pintura del mismo color, algunas sierras y trozos de piedras planas, teñidas de rojo. Se usaron esas piedras como paletas para confeccionar colores con los que se decoró la alfarería fabricada en estos talleres. Aparte de esto, se encontraron fragmentos de crisoles o moldes para piezas de metal, que conservan aún partículas de cobre adheridas, algunos pequeños trozos de mineral cuprífero y un fragmento de instrumento de metal. Estos hábiles artesanos no sólo se dedicaron a hacer hermosas piezas de mármol, sino que fabricaron además sus cerámicas y fundieron sus instrumentos de metal.

El material cerámico aparecido es muy abundante, como siempre ocurre en las excavaciones de este tipo. Salvo los dos pequeños pucos que acompañaban el cadáver del párvulo, se trata en su totalidad de fragmentos y pertenecen a estilos comunes de las culturas indígenas de la Quebrada de Humahuaca. Corresponden a los diseños considerados hasta ahora como tardíos, pues son de los estilos Tilcara negro sobre rojo, Hornillos negro sobre rojo y Angosto Chico inciso. Entre los fragmentos hay un mayor número de cerámicas toscas, pero las hay también decoradas. Esto confirma lo que pensábamos siempre sobre la utilización cotidiana de las alfarerías pintadas.

Hay cuellos de vasos de cerámica negra con decoración incisa, y pucos rojos con interior negro. Entre las alfarerías decoradas aparecen los motivos reticulados que cubren las paredes exteriores de grandes cántaros, trozos de pucos con el interior adornado con semicírculos concéntricos que apoyan sus bases contra los bordes, y motivos de triángulos ordenados en bandas verticales.

Con respecto al último elemento mencionado, los triángulos distribuidos verticalmente, debemos hacer una separación. Los fragmentos

hallados por nosotros pertenecen a grandes cántaros que ostentan los motivos decorativos ordenados en ambos frentes de la siguiente manera: una banda reticulada vertical y central separa otras dos bandas laterales constituídas por triángulos. Los vértices de estos triángulos, en cada una de las bandas, están dirigidos hacia un mismo sitio, hacia el eje central de todo el panel, es decir, hacia la banda reticulada. Muy distinto es el motivo llamado "en banderines", en el cual los triángulos que lo forman están dispuestos con otro criterio. Sus bases apoyan sobre una línea vertical, pero sus vértices alternadamente miran hacia derecha e izquierda. Cuando aparecen estos banderines no hallamos la banda central reticulada y siempre ocurren sobre vasos de reducido tamaño, en especial aribaloides. El otro, el de los simples triángulos, se halla sobre cántaros de neta forma aborigen. En estos talleres no han aparecido fragmentos con decoración de banderines.

Dos trozos constituyen el hallazgo más importante en lo que respecta a la cerámica, ya que nos permiten confirmar la colocación cronológica de esos restos. Son dos fragmentos de asas de platos patos incaicos. Uno de ellos tiene una decoración interna en negro sobre rojo formada por una banda central de cuadrados con sus diagonales. La cabeza del pato tiene en relieve los ojos y el pico y presenta restos de pintura negra (fig. 17 B).

El otro fragmento (fig. 17 C) es mucho más interesante, aunque no tiene ya la cabeza del animal que representa, pero su interior está decorado en negro sobre rojo, con el elegante motivo de las llamas estilizadas del estilo Inca Pacajes. Estos animalitos han sido trazados con rasgos finos, sus cuellos son extremadamente largos y dos curvas caligráficas señalan las patas y las cabezas. En el Pucara de Tilcara han aparecido platos en todo semejantes al ejemplar que acabamos de describir.

Las dos escudillas que acompañaban el cadáver del niño en la habitación C, son idénticas (fig. 17 A). Miden 135 milímetros de diámetro y 32 milímetros de alto. Internamente están decoradas en negro sobre fondo rojo con dos bandas de 22 milímetros de ancho, cruzadas. Estas bandas tienen en su interior cuadrados reticulados alternados. Un plato pato con una decoración geométrica semejante apareció igualmente en el Pucara de Tilcara.

En cuanto a las filiaciones culturales de los hallazgos y su posición temporal no queda duda, especialmente después de analizar las alfarerías. Cuentas cónicas semejantes a las nuestras aparecen, como ya

dijimos, en Macchu-Picchu. También hay semejanzas entre las cuentas trapezoidales de Tilcara y las que Valcárcel publica como de Sacsaihuaman. Agreguemos a esto la típica cerámica incaica representada aquí por los fragmentos de platos patos que aparecieron en los recintos. Pero no sólo consideramos como incaicos a estos elementos, sino que creemos, con respecto a la industria de piedra pulida que acabamos de describir, que toda ella fue importada. Pero junto a estos rasgos extranjeros aparecen también otros aborígenes locales igualmente importantes.

En estos recintos convivieron ambas culturas, la local tardía y la incaica. Corresponden, por consiguiente, estos restos a un período muy avanzado, a aquel en que culminaron las influencias llegadas desde el Perú. Son indudablemente restos prehispánicos, pues no aparecieron artefactos europeos, pero pertenecen a una de las últimas fases del período incaico del Pucara, a los postreros momentos de su historia prehispánica, ya que no sólo se trajeron objetos peruanos, sino que se fabricaron allí y su fabricación originó una industria muy próspera. Pero los elementos foráneos no se adoptaron en toda su amplitud, pues si bien se hicieron en esta época adornos de piedra al estilo incaico, la cerámica cuzqueña no fue aceptada con igual intensidad. Se siguió confeccionando la alfarería local con mucha abundancia y, por el contrario, la incaica es menos frecuente, ya que recuperamos solamente dos fragmentos claramente peruanos.

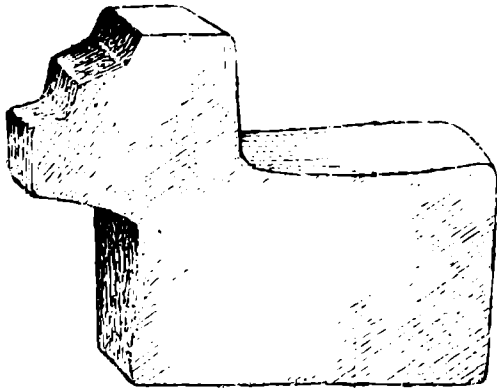
No podemos precisar cuál fue el fenómeno cultural, político o histórico que determinó la aparición de tantos elementos incaicos: conquista, dominación, moda, etc. Esto se podrá aclarar, con un mayor número de excavaciones exhaustivas en todas las ruinas de la región.

En la zona vecina a estos recintos, en habitaciones contiguas, aparecen en superficie restos semejantes a los que hemos descrito: trozos de mármoles, de martillos, etc. Todos los hallazgos que se efectuaron con anterioridad a los nuestros y sobre los cuales hablamos al comienzo de este trabajo, tuvieron lugar, en los casos que nos fue posible determinarlo, dentro de la misma área: las proximidades del monumento moderno. Esto nos demuestra que ha existido todo un barrio de lapidarios en esta ciudad prehispánica. El hecho de que un gremio determinado se haya asentado en un mismo sector de las ruinas hace posible que otros gremios hayan localizado sus talleres en otros lugares. Esto sería indicio de una agrupación de la población por barrios, según sus oficios o clases sociales. Nos demostraría además la existencia de una

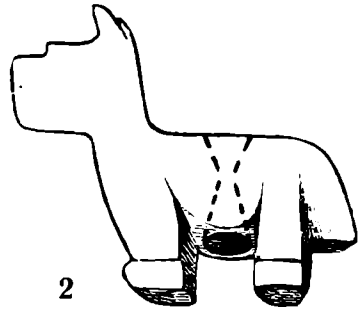
complicada organización de tipo social que no sabemos si perteneció a los indígenas lugareños o fue impuesta por algún poder extranjero a través de sus conquistas territoriales o influencias culturales. Otro hecho sugestivo es la ubicación de una serie de talleres de joyeros en la parte más alta del Pucara, que no debió haber sido, en consecuencia, el centro más importante de la ciudad indígena.

Esta industria originó un intenso intercambio entre el Pucara y las zonas vecinas o más alejadas causado por la provisión de las materias primas necesarias para la elaboración de los adornos. La producción de estas materias primas, transportadas a los talleres seguramente a lomo de llama, desarrolló en algún lugar por ahora desconocido una intensa actividad minera prehispánica. También existió un gran mercado, ya sea interno en la misma ciudad, o exterior, el cual absorbería toda la producción de estos artesanos.

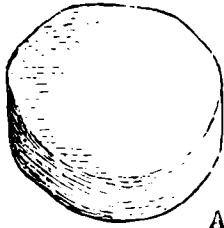
El hallazgo de estos talleres niega, por lo menos para este período incaico en el Pucara de Tilcara, la dualidad de Pucara y Pueblo Viejo. En esta época la ciudad fortificada tuvo una población estable bastante densa. No fue un simple lugar de refugio al cual acudían, en momentos de peligro, las gentes dispersas en la zona vecina para abandonarlo luego en períodos de paz. La parcialidad indígena que allí se radicó, vivió en esta ciudad de manera permanente. De aceptar al Pucara como un simple campo de refugio, nos sería difícil explicar la aparición de estos talleres, ya que no podemos imaginar a sus habitantes trabajando y fabricando joyas, mientras sus enemigos atacaban sus murallas inexpugnables.



1

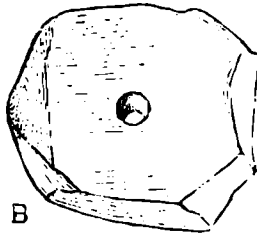


2



3

A



B

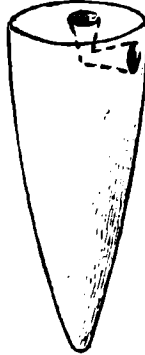


A

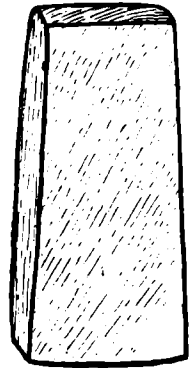


4

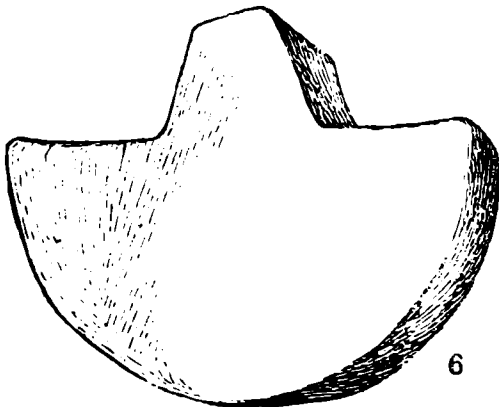
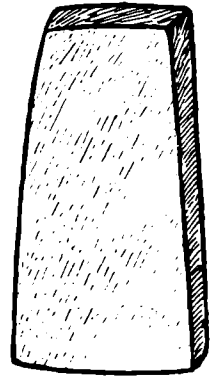
B



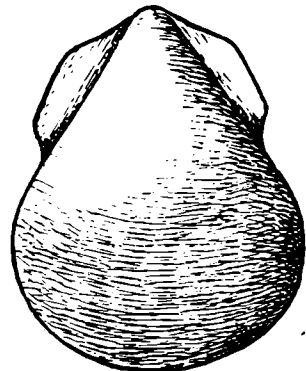
C



5



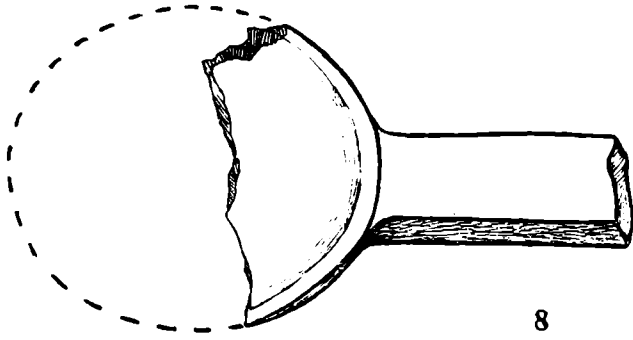
6



7

Explicaciones en el texto.



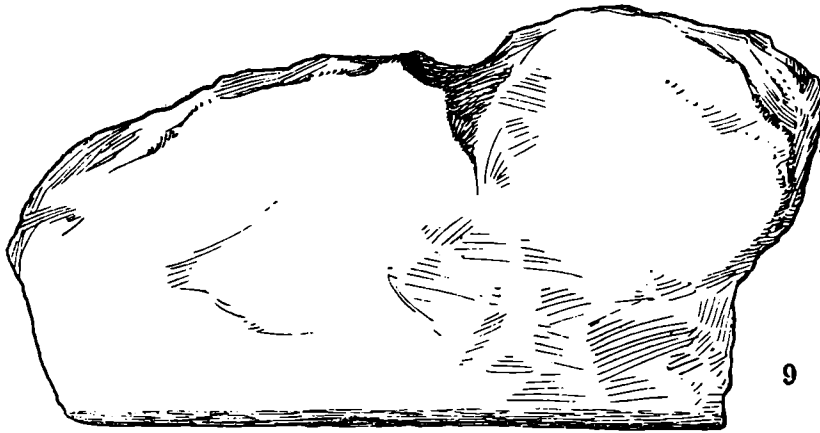


8

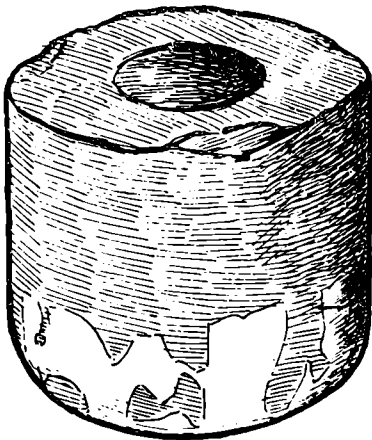


B

A



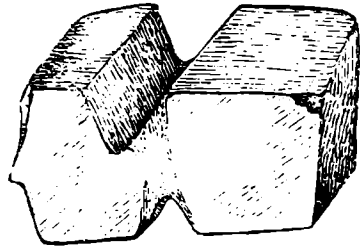
9



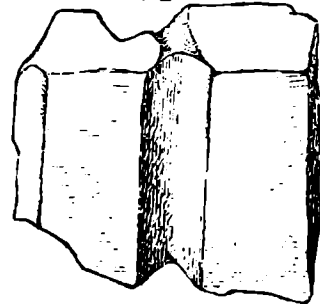
10



11



12



Explicaciones en el texto.

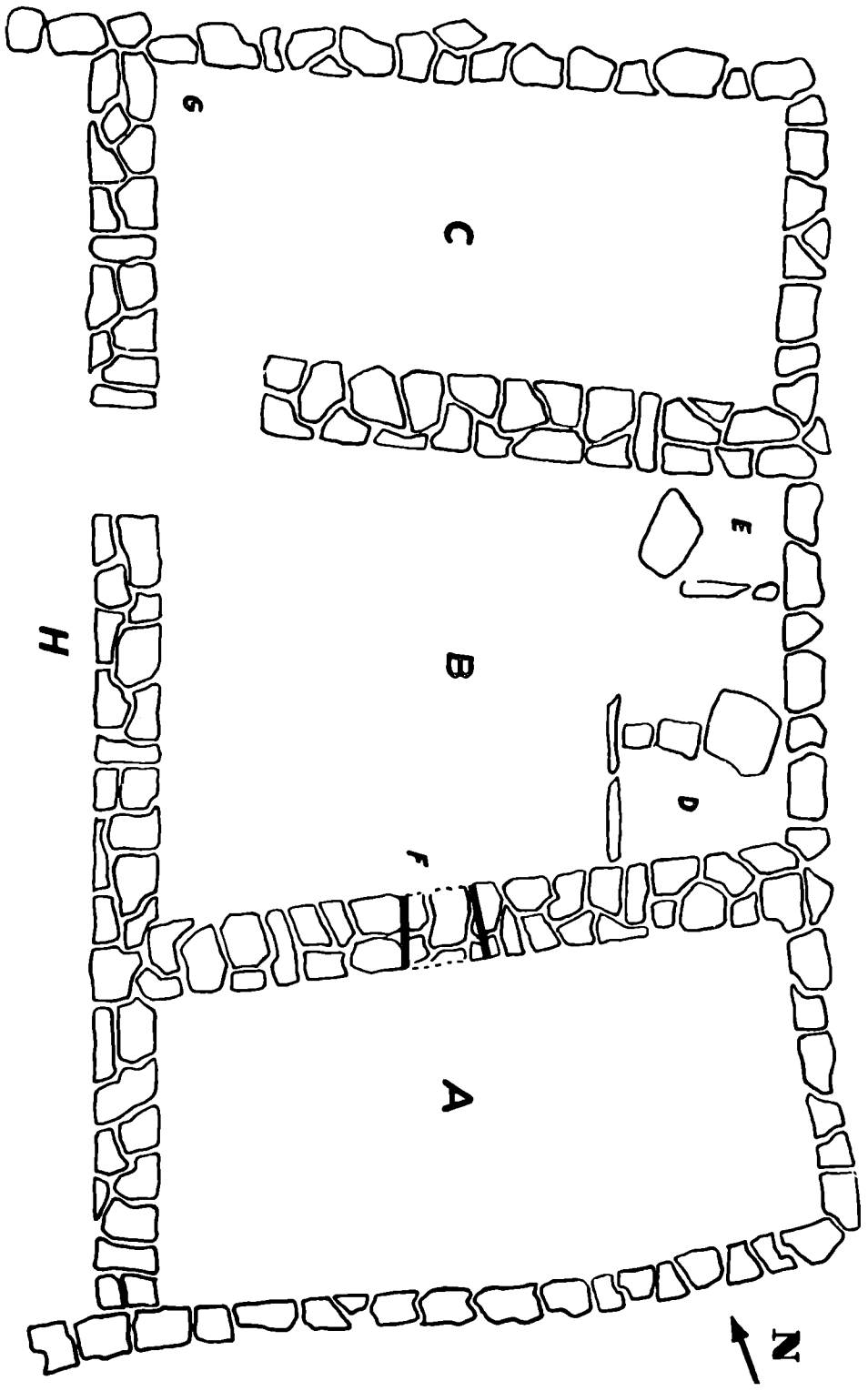
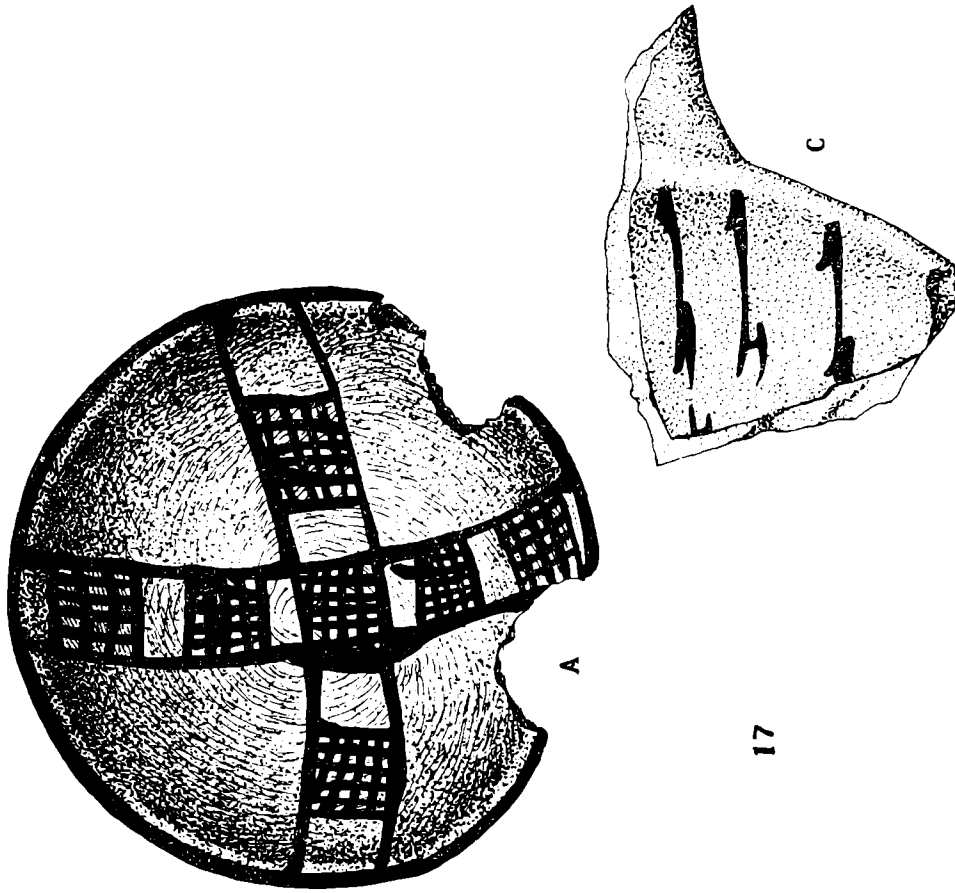
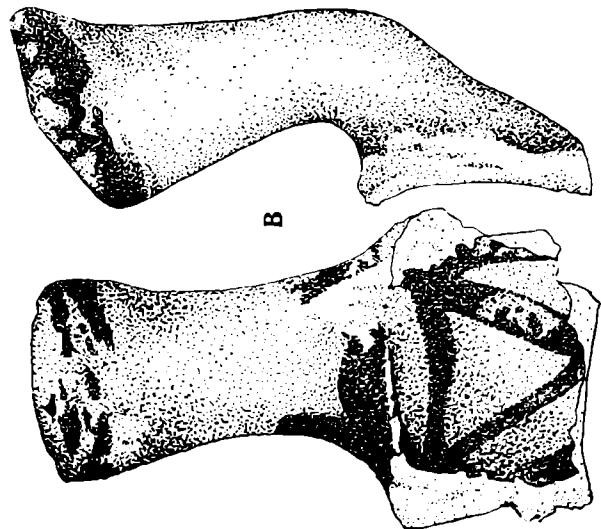


Fig. 13 ver el texto





17



Explicaciones en el texto.